

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Vida Consagrada



JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA 2018



Presentación
Testimonios

www.conferenciaepiscopal.es

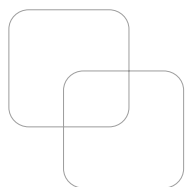
© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es



La vida consagrada, encuentro con el amor de Dios



JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA 2018

Presentación
Testimonios

© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

PRESENTACIÓN

LA VIDA CONSAGRADA, ENCUENTRO CON EL AMOR DE DIOS

En la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* con la que el papa Francisco nos invita a una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría, una de las claves más significativas y reiteradas es la necesidad de crear una «cultura del encuentro». Y señala cuál es la esencia de esta cultura, cuando explícitamente invita «a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor. Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos» (EG, n. 3).

Así es, la vida de Cristo durante sus tres años de predicación, según nos relatan los evangelios, es una historia de encuentros. No pasa por las situaciones ignorándolas, ni junto a las personas relegándolas o diluyéndolas en la masa; cada uno es para él alguien único, irrepetible, profundamente amado como hijo del mismo Padre. Y con las imágenes de la vida cotidiana nos muestra que, si grande es la alegría de quien habiendo perdido una oveja, o una moneda, las encuentra, mayor aún es la de nuestro Padre celestial cuando se reencuentra con el hijo que estaba perdido.

El encuentro con Cristo es *encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva* –describe magistralmente EG, nn. 264-267– y cada vez que se repite esta experiencia crece la convicción de que es lo que los demás necesitan. Por ello, el lema de esta Jornada que celebramos es nueva ocasión de entrar en lo íntimo de uno mismo, para ver qué es lo esencial, lo más importante para nosotros, y qué nos está distraendo del amor y por tanto nos impide ser felices. El amor de Dios es fiel siempre, no desilusiona, no defrauda. Pero la tentación de la auto-referencialidad egoísta nos ronda y pretende engañarnos para hacernos tambalear cuando Cristo, mirándonos a los ojos y amándonos, nos pide que le sigamos, compartiendo con los demás lo que tenemos y lo que somos; esa fue la propuesta que el joven rico no supo acoger, pero que sí escucharon e hicieron suya los apóstoles, la samaritana, quienes le siguieron por los caminos llevando la buena noticia del amor de Dios y quienes le siguen hoy con el testimonio de una vida de especial consagración.

También ahora nuestros contemporáneos, personas de buena voluntad, están sedientos de encontrar el verdadero sentido de la existencia. También hoy Cristo nos sale al encuentro, por nuestros particulares caminos de Damasco

para –como nuevos Saulos– hacernos caer de nuestras falsas seguridades, de nuestros prejuicios y pecados, para darnos la mirada transfigurada que nos cambia la vida. El papa Benedicto XVI nos recordaba algo esencial: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (*Deus caritas est*, n. 1).

Todos estamos invitados a trabajar por «la cultura del encuentro», que inicia con la acogida del amor de Dios que devuelve el sentido a la propia realidad y nos impulsa a narrar a otros las maravillas de este amor, nos lanza a la evangelización con la palabra y las obras que fluyen de una existencia transfigurada. La cultura del encuentro nos dispone no sólo a dar, sino también a recibir de los otros, a compartir, convivir, ayudarnos como una sola familia humana, como hermanos, en las grandes necesidades y en las pequeñas cosas cotidianas.

Los consagrados son testimonio vivo de que el encuentro con Dios es posible en todo lugar y época, de que su amor llega a todo rincón de la tierra y del corazón humano, a las periferias geográficas y existenciales. La vida consagrada es la respuesta del encuentro personal con Dios, que se hace envío y anuncio. Esta Jornada debe ser una ocasión para promover el conocimiento y la estima de la vida consagrada como forma de vida que asume y encarna el encuentro con el amor de Dios y con los hermanos, manifestado en la entrega profética desde cada carisma fundacional.

En esta Jornada Mundial de la Vida Consagrada damos gracias a Dios por todas las personas de especial consagración, que desde las diversas vocaciones y formas de vida y servicio son presencia elocuente del amor de Dios en el mundo. Invitamos encarecidamente a todos los fieles cristianos a dar gracias a la Trinidad por el don de la vida consagrada, que siempre es «iniciativa del amor del Padre».

Como nos recordaba el papa Juan Pablo II, los consejos evangélicos son ante todo «un don de la Santísima Trinidad». La vida consagrada es anuncio de lo que el Padre, por medio del Hijo, en el Espíritu, realiza con su amor, su bondad y su belleza. Las personas de especial consagración testimonian de palabra y con obras las maravillas de Dios con el lenguaje de una existencia transfigurada. La vida consagrada se convierte así en una de las huellas que la Trinidad deja en la historia, para que los hombres puedan descubrir el atractivo de la belleza divina (cf. *Vita consecrata*, n. 20).

Y a todas las personas consagradas de nuestras diócesis les animamos a re-descubrir la grandeza del don recibido, expresado en esta Jornada como «encuentro con el amor de Dios», para vivir coherentemente su misión en la Iglesia y en el mundo, propiciando el encuentro con el amor de Dios uno y trino.

TESTIMONIO DE VIDA RELIGIOSA

A su modo

Hablar de mi vida consagrada es hablar de Dios en mí, de su trabajo en mi persona y a través de ella. Es bucear en un mar de dones y de pobreza, sentir que mi vida no tiene sentido pleno si no es a su modo, con Él y para Él. Y afirmar esto con rotundidad es también compartir el “para” de mi vida. Desde joven el Señor me lo ha ido descubriendo y cada año adquiere una tonalidad diferente, lo va matizando, aunque la esencia es la misma: *anunciar el reino de Dios y denunciar las injusticias como Él, con la vida y con misericordia*. La imagen que lo simboliza es la de un altavoz que sabe de mis incoherencias, del mal en el que me sumerjo tantas veces, pero que conoce también los dones que el Señor me ha regalado. Así, le entrego mi persona, mi libertad, mi voluntad para que Él haga lo que desee, todas mis energías para «el bien de los prójimos».

En este momento, soy enviada al mundo de la comunicación para intentar sacar lo mejor de cada persona con la que me relaciono. Pero en otros momentos estaré allí donde se necesite. El caso es “ir”, no quedarse. Siento fuerte la llamada a caminar con otros, a compartir mi vocación con otras personas, a crecer juntos, a tener proyectos comunes que multipliquen el Reino. Hoy el anuncio y la denuncia se puede hacer con la palabra, pero, sobre todo, con la vida.

SILVIA ROZAS BARRERO
Congregación Hijas de Jesús

TESTIMONIO DE VIDA CONTEMPLATIVA

Vivir confiados en el amor

El Señor me ha llamado a vivir con Él en la vida contemplativa claustral. «Señor, estoy aquí porque me has llamado». «No estamos aquí porque sea muy bonito el carisma, sino porque el Señor nos ha llamado» (M. M.^a Alegría), es el lugar donde el Señor me ha traído, donde vivo mi relación esponsal con Él. Es encuentro e historia que hacemos cada día.

El lema para este año es: «El encuentro con el amor de Dios»; y precisamente eso es para mí esta forma de vida contemplativa claustral, vivir continuamente ese encuentro con el amor de Dios en su expresión máxima, Jesucristo en la cruz, el máximo abandono, la máxima confianza, la total donación de su amor, el misterio de amor más grande. Cuando pienso en nuestra Madre santa Clara se me hace presente la lectura de Jeremías: «bendito quien confía en el Señor». Y así vivo yo con esta confianza en el Señor y la alegría de que Él siempre está, y me habla a través de su Palabra: en la liturgia, en la eucaristía, la adoración y en todos los acontecimientos de la vida.

En cada instante descubro su amor, vivo segura y tranquila porque sé que no me falta nada, ya que Dios me lo da todo. Dios me desborda, viviendo para Él es la mayor felicidad, por Él, con Él y en Él; y Él por mí, conmigo y en mí; ¿qué más necesito? Cómo quisiera gritar a los cuatro vientos que Dios es, Dios está y Dios nos ama.

Qué ventaja y qué gracia tenemos los que hemos conocido a Dios y hemos vivido tanto juntos, y hemos aprendido a mirarnos y a sonreírnos, una mirada que dice tanto, como leí en una ocasión «el mirar de Dios es amar», ¡y cuánto nos miramos! Y en nuestra mirada entra el latido del mundo, de cada persona, de cada preocupación, de cada dolor, así como san Juan se recuesta sobre el pecho de Jesús en la Última cena y puede sentir sus latidos y lo que siente Jesús, así me recuesto sobre Él y Él sobre mí, y sentimos lo que el otro siente por cada ser humano, y apoyando a su vez nuestra cabeza sobre su pecho (el de cada ser humano) elevamos nuestra oración constante al Padre, en el Espíritu Santo, para que podáis sentir en todo momento: «no te preocupes que yo he rezado por ti, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».

SOR MATILDE DE LUIS O.S.C.
Monasterio de la Purísima Concepción
Franciscas Descalzas
Salamanca

TESTIMONIO DE INSTITUTOS SECULARES

«Mi vocación, una provocación a un mayor amor y servicio a la Santísima Trinidad y a la humanidad»

El reconocimiento de los institutos seculares fue un acto revolucionario para la Iglesia. En el año 2017 hemos celebrado el 70 aniversario de la constitución apostólica *Provida Mater Ecclesia*, en la que Pío XII aprobaba esta nueva forma de vida y consagración dentro de la Iglesia.

Aun hoy en día sigue siendo en gran parte desconocida. Pero eso no impide que sea una vocación novedosa y apasionante, pues a esto estamos llamados los miembros de institutos seculares: a vivir en medio del mundo con pasión por Dios y pasión por los hombres.

Es una vocación de *síntesis* entre secularidad y consagración, que nos hace vivir en constante tensión, atentos a los signos de los tiempos, para vivir completamente entregados a Dios en las realidades temporales de una vida ordinaria.

Esta es la atención constante: estar en el mundo sin ser del mundo, para ser sal y levadura que, sin ser vista, va obrando para la edificación del Reino. Pero esta tensión, siempre en una fidelidad creativa a esta vocación.

Ahora, mi vida está inserta en este momento concreto, en esta vocación dentro de un mundo en constante cambio, pero en un esfuerzo constante por vivir y recrear la entrega total a Dios en el trabajo ordinario, en la vida social y apostólica. Una labor difícil, pero muy hermosa a la vez. Siempre un reto, por tener puesta la mirada en lo eterno y a la vez plenamente consciente de la realidad humana que me rodea, con tanto bueno para aprovechar junto a tantas heridas de hombres y mujeres, que muchas veces, sin saberlo, están sedientos de Dios.

Cuando me comencé a plantear una vida entregada a Dios, me daba cuenta de que, a la vez, Dios mismo me pedía poder seguir trabajando en una vida de testimonio comprometido en la vida ordinaria. Sentía que así era la llamada. Y fue a través de otros jóvenes en un movimiento de apostolado seglar en el que conocí esta realidad de la *secularidad consagrada*, y que poco a poco fue encendiendo ese fuego en mi corazón: poder ser plenamente consagrada y plenamente seglar, aunar ambas realidades en una misma vocación.

Ahora, siendo miembro de un instituto secular, con todos los retos que se plantean en la vida diaria para continuar siendo fiel, en respuesta e imitación al misterio de la Encarnación, doy gracias a Dios por esos mismos retos que

no dejan de ser una provocación constante a un mayor amor y servicio a la Santísima Trinidad y a la humanidad.

Desde mi ocupación profesional en el mundo del diseño, redes sociales, desarrollo web, que en otras tantas ocasiones también se convierte en apostolado; desde ese nuevo areópago que es internet puedo trabajar y dar a conocer en numerosas ocasiones la verdad del Evangelio, o incluso en otros momentos, con la estética y la búsqueda de la belleza, poder aportar esperanza y elevar la mirada de la humanidad a la búsqueda de algo superior, que siempre será Jesucristo; y desde dentro de ese mismo mundo, a la misma velocidad de los avances que día a día configuran nuestra sociedad, siempre en constante cambio, con fidelidad creativa a este carisma de la *secularidad consagrada*.

ANA CRISTINA OCAÑA ARGUDO
Instituto Secular Servi Trinitatis

TESTIMONIO DEL ORDEN DE VÍRGENES

La fidelidad del encuentro

El Señor, por pura iniciativa suya, con gratuidad y generosidad, me buscó y recogió entre la gente del barrio madrileño de La Guindalera y me llevó a ese lugar que desde la eternidad con sumo cariño y misericordia preparó para mí, la Iglesia diocesana de Madrid, que en su Providencia me acogió, me alimenta y fortalece, lanzándome a vivir teatinamente en amor para amar y solo amar.

En su fidelidad, no ha dejado nunca de derramar su gracia, moldeando mi barro, infundiendo su espíritu. Desde el Sagrario, lugar de encuentro por excelencia en nuestra relación de intimidad, me va acrisolando lentamente, purificando mis miedos y egoísmos, mis ganas de imponer la verdad aún a costa de saltarme todo tipo de caridad, reformándome interiormente y conquistándome a cada momento. Por su Amor de Padre me va haciendo cada vez más suya, conformándome cada vez más a su imagen y semejanza, haciéndome descubrir su Voluntad, reencaminando mis pasos hacia la única meta deseable a alcanzar, la santidad. Con su Espíritu va transformando mi vivir, fortaleciéndome en mi debilidad, guiándome por el camino destinado para mí, fermentando mis ambientes, empujando cuando me detengo, animando y alentándome como solo Él hace.

Y, a esperas de llegar a la plenitud de la vida, reconociendo mi indignidad, ruego a Dios, y os pido a vosotros que os unáis a mí en esta súplica, ser y vivir como su esposa, prefigurando y siendo alegre testimonio de la imagen escatológica de la Esposa celeste y de la vida futura, a la que Dios, en su gran Misterio, ha querido consagrarme.

Hasta aquí la iniciativa de un Dios que amándome con locura vino a mi encuentro. Mi respuesta no puede ser otra que alabar y bendecir a Dios por su grandeza y misericordia, dejarme sorprender a cada momento por las mil formas que tiene de hacerse el enconradizo conmigo y no parar de agradecer que se haya metido en mi vida de esta manera tan desconcertante y, a la vez, tan gozosa y plena.

PILAR LA BLANCA RODRÍGUEZ
Virgen consagrada
Archidiócesis de Madrid

NUEVAS FORMAS DE VIDA CONSAGRADA

Familias eclesiales de vida consagrada, encuentro con el amor de Dios

El pasado IV Encuentro de Nuevas Formas de Vida Consagrada, en Roma, se celebró con una numerosa representación internacional (22 países de cinco continentes) y con la asistencia de 39 institutos de derecho pontificio y diocesano y asociaciones. El tema central fue: «Abriendo caminos: La formación en las nuevas formas de vida consagrada». La configuración con Cristo casto, pobre y obediente, la asimilación de sus sentimientos son el objetivo de toda la formación en la vida consagrada. Es una profunda identificación con Él, para ser con Él manifestación del amor trinitario y expresión del Reino en medio del mundo.

La madurez en el amor se fragua en una espiritualidad vivida desde el trato amoroso, entrañable y cercano con las Personas divinas de la Santísima Trinidad, el encuentro con Cristo vivo y presente en la eucaristía y los sacramentos, la Sagrada Familia, la fuerza de la Palabra de Dios. De estas fuentes el Espíritu Santo hace brotar el deseo de ser constructores de una comunión que transparente lo más fielmente posible los rasgos de la comunión trinitaria, siendo así signos del Reino, desde cada carisma y misión específica.

De este encuentro con el Amor de Dios la igualdad, la diversidad, la multiculturalidad y la complementariedad siempre serán una riqueza ya que creados a imagen de Dios, y, por tanto, llamados a la amistad con Él y a ser parte corresponsable de esta primera comunión, *primer nosotros*, somos capacitados para la comunión, construyéndola a nuestro alrededor, al estilo de la Trinidad¹.

Al seguir a Cristo desde la comunión, aprendemos a vivir el mandamiento nuevo del amor (cf. *Jn* 13, 34-35), conjugándolo con el mandato misionero (cf. *Mt* 28, 19-20), que nos lleva a construir comunidades fraternas y solidarias al estilo de la primera comunidad cristiana, núcleo del cual nacieron múltiples células evangelizadoras.

Es respuesta de Dios al hombre de hoy que «no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en el vivamente» (*Redemptor Hominis*, n. 10).

TERESA RODRÍGUEZ ARENAS, FMVD
Fraternidad Misionera Verbum Dei

¹ Cf. F. J. ERRÁZURIZ, *Carta pastoral sobre la espiritualidad de la comunión «Permaneced en mi amor» (Jn 15, 9)*, Santiago de Chile, 2002.

LOS MOTIVOS DE LA JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA

Extracto del Mensaje de San Juan Pablo II con ocasión de la celebración de la I Jornada (2 de febrero de 1997)

«La finalidad de dicha jornada es por tanto triple: *en primer lugar*, responde a la íntima necesidad de alabar más solemnemente al Señor y darle gracias por el gran don de la vida consagrada que enriquece y alegra a la comunidad cristiana con la multiplicidad de sus carismas y con los edificantes frutos de tantas vidas consagradas totalmente a la causa del Reino. Nunca debemos olvidar que la vida consagrada, antes de ser empeño del hombre, es don que viene de lo Alto, iniciativa del Padre, “que atrae a sí una criatura suya con un amor especial para una misión especial” (*ib.*, 17). Esta mirada de predilección llega profundamente al corazón de la persona llamada, que se siente impulsada por el Espíritu Santo a seguir tras las huellas de Cristo, en una forma de particular seguimiento, mediante la asunción de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia. Estupendo don.

“¿Qué sería del mundo si no existieran los religiosos?”, se preguntaba justamente santa Teresa (*Libro de la vida*, c. 32, 11). He aquí una pregunta que nos lleva a dar incesantes gracias al Señor, que con este singular don del Espíritu continúa animando y sosteniendo a la Iglesia en su comprometido camino en el mundo.

3. En segundo lugar, esta Jornada tiene como finalidad promover en todo el pueblo de Dios el conocimiento y la estima de la vida consagrada.

Como ha subrayado el Concilio (cf. *Lumen gentium*, 44) y yo mismo he tenido ocasión de repetir en la citada exhortación apostólica, la vida consagrada “imita más de cerca y hace presente continuamente en la Iglesia la forma de vida que Jesús, supremo consagrado y misionero del Padre para su Reino, abrazó y propuso a los discípulos que le seguían” (n. 22). Esta es, por tanto, especial y viva memoria de su ser de Hijo que hace del Padre su único Amor -he aquí su virginidad-, que encuentra en Él su exclusiva riqueza -he aquí su pobreza- y tiene en la voluntad del Padre el “alimento” del cual se nutre (cfr Jn 4,34) -he aquí su obediencia.

Esta forma de vida abrazada por Cristo y actuada particularmente por las personas consagradas, es de gran importancia para la Iglesia, llamada en cada uno de sus miembros a vivir la misma tensión hacia el Todo de Dios, siguiendo a Cristo con la luz y con la fuerza del Espíritu Santo.

La vida de especial consagración, en sus múltiples expresiones, está así al servicio de la consagración bautismal de todos los fieles. Al contemplar el don

de la vida consagrada, la Iglesia contempla su íntima vocación de pertenecer sólo a su Señor, deseosa de ser a sus ojos “sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada” (Ef 5, 27).

Se comprende así, pues, la oportunidad de una adecuada Jornada que ayude a que la doctrina sobre la vida consagrada sea más amplia y profundamente meditada y asimilada por todos los miembros del pueblo de Dios.

4. *El tercer motivo* se refiere directamente a las personas consagradas, invitadas a celebrar juntas y solemnemente las maravillas que el Señor ha realizado en ellas, para descubrir con más límpida mirada de fe los rayos de la divina belleza derramados por el Espíritu en su género de vida y para hacer más viva la conciencia de su insustituible misión en la Iglesia y en el mundo.

En un mundo con frecuencia agitado y distraído, la celebración de esta Jornada anual ayudará también a las personas consagradas, comprometidas a veces en trabajos sofocantes, a volver a las fuentes de su vocación, a hacer un balance de su vida y a renovar el compromiso de su consagración. Podrán así testimoniar con alegría a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo, en las diversas situaciones, que el Señor es el Amor capaz de colmar el corazón de la persona humana.

Existe realmente una gran necesidad de que la vida consagrada se muestre cada vez más “llena de alegría y de Espíritu Santo”, se lance con brío por los caminos de la misión, se acredite por la fuerza del testimonio vivido, ya que “el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros lo hace porque son testigos” (*Evangelii nuntiandi*, n. 41).

En la fiesta de la Presentación del Señor en el Templo

5. La Jornada de la Vida consagrada se celebrará en la fiesta en que se hace memoria de la presentación que María y José hicieron de Jesús en el templo “para ofrecerlo al Señor” (Lc 2, 22).

En esta escena evangélica se revela el misterio de Jesús, el consagrado del Padre, que ha venido a este mundo para cumplir fielmente su voluntad (cf *Hb* 10, 5-7). Simeón lo indica como «luz para iluminar a las gentes» (Lc 2, 32) y preanuncia con palabra profética la suprema entrega de Jesús al Padre y su victoria final (cf. Lc 2, 32-35).

La Presentación de Jesús en el templo constituye así un icono elocuente de la donación total de la propia vida por quienes han sido llamados a reproducir en la Iglesia y en el mundo, mediante los consejos evangélicos, “los rasgos característicos de Jesús virgen, pobre y obediente” (*Vita consecrata* n. 1).

A la presentación de Cristo se asocia María

La Virgen Madre, que lleva al Templo al Hijo para ofrecerlo al Padre, expresa muy bien la figura de la Iglesia que continúa ofreciendo sus hijos e hijas al Padre celeste, asociándolos a la única oblación de Cristo, causa y modelo de toda consagración en la Iglesia.

Desde hace algunos decenios, en la Iglesia de Roma y en otras diócesis, la festividad del 2 de febrero viene congregando espontáneamente en torno al Papa y a los obispos diocesanos a numerosos miembros de Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica, para manifestar conjuntamente, en comunión con todo el pueblo de Dios, el don y el compromiso de la propia llamada, la variedad de los carismas de la vida consagrada y su presencia peculiar en la comunidad de los creyentes.

Deseo que esta experiencia se extienda a toda la Iglesia, de modo que la celebración de la Jornada de la vida consagrada reúna a las personas consagradas junto a los otros fieles para cantar con la Virgen María las maravillas que el Señor realiza en tantos hijos e hijas suyos y para manifestar a todos que la condición de cuantos han sido redimidos por Cristo es la de “pueblo a él consagrado” (Dt 28, 9).

«Nuestra alegría contagiosa tiene que ser el primer testimonio de la cercanía y del amor de Dios. Somos verdaderos dispensadores de la gracia de Dios cuando transparentamos la alegría del encuentro con Él»

Discurso del papa Francisco durante el Encuentro con sacerdotes, religiosos, consagrados, consagradas, seminaristas y sus familias (Medellín, 9 de septiembre de 2017. Viaje apostólico a Colombia).



